

DÍAS DE



PANDEMIUM



A UNA MENTE LUCHANDO CONTRA LA PANDEMIA
SOLO LE QUEDA SU IMAGINACIÓN

JULIÁN GUTIÉRREZ CONDE



KOLIMA
BOOKS

DÍAS DE PANDEMIUM

A una mente luchando contra la pandemia solo
le queda su imaginación

JULIÁN GUTIÉRREZ CONDE



Título original: *Días de Pandemium*.

A una mente luchando contra la pandemia solo le queda su imaginación.

Primera edición: Octubre 2021

© 2021 Editorial Kolima, Madrid

www.editorialkolima.com

Autor: Julián Gutiérrez Conde

Dirección editorial: Marta Prieto Asirón

Maquetación de cubierta: Sergio Santos

Maquetación: Carolina Hernández Alarcón

ISBN: 978-84-18811-39-5

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mi querido amigo Jose, compañero entrañable desde los años de colegio. La muerte de un amigo deja una cicatriz profunda. Te nos fuiste, dejando la huella de una voluntad dispuesta a ayudar siempre. Nos abandonaste de forma inesperada; igual que esos otros miles de muertos innecesarios que nos dejaron en soledad por un maldito virus arropado con irresponsabilidad y desidia.

Descansad en Paz

IN MEMORIAM

José Francisco de Medina Ruiz, querido amigo.

Iniciamos nuestra amistad de adolescentes en el colegio y la asentamos durante la juventud; muchas veces junto a tu guitarra y mi armónica cantando en algunos festivales o ensayando en tu casa con tus numerosos hermanos correteando alrededor.

Llevabas tu vocación por la Medicina en lo más profundo y nunca dejaste de anteponer el cuidado a los tuyos antes que a ti mismo.

Nuestra amistad se acrecentó durante la madurez, manteniendo interesantes conversaciones mientras dábamos largos paseos que, a veces, acabábamos frente a unas tapas, que tanto solía gustarte.

Nunca dejaron de sorprenderme la profundidad de tus matices y tu permanente voluntad por tratar de comprender la esencia de la vida.

Mis libros, no solo te interesaban y los leías, sino que te los estudiabas, lo cual nos conducía a intensos debates. Tú en todo momento buscando en lo más profundo, algo que, como simple navegante por la vida, me descolocaba. Pero ese contraste nos divertía y, con sentido del humor, siempre acabábamos riendo y con un amistoso abrazo.

Recuerdo una de las últimas veces paseando por los bulevares de Ibiza y Saiz de Baranda en que me contaste muchas historias de tu familia. Fue un día muy grato.

En nuestra última conversación telefónica me dijiste:

–No me encuentro bien, Julián, tengo molestias en una pierna y estoy preocupado.

Sabiendo la calidad de tu instinto médico te dije:

–No lo dejes y vete a urgencias.

–Sí, eso voy a hacer –respondiste convencido.

Estábamos ya, aún sin saberlo, inmersos en la terrible y desconocida Pandemium.

Ya ingresado, desde ese día mantuvimos al menos dos contactos diarios por Whatsapp; uno en la mañana y otro al finalizar la tarde.

Recuerdo algunos de tus mensajes.

–¿Qué está pasando? ¿Por qué no nos atienden mejor?

Estabas sufriendo en tus carnes el desbordamiento y el desconcierto sanitarios.

Luego hubo otros en que te mostrabas confuso o preocupado, como cuando me dijiste:

–Me llevan a la UCI.

En otro posterior, animado y esperanzado:

–Me trasladan a planta.

Y lo celebramos entre los amigos que seguíamos diariamente tus comunicados, enviándote un vídeo en el que te hacíamos llegar nuestro cariño y ánimo. Estábamos todos convencidos de que pronto saldrías.

Hubo uno que a todos nos conmovió:

–Os quiero –nos decías simplemente.

Nos diste ánimos e hiciste sentir orgullosos. Te mostrabas optimista.

Y después, el trombo que intuías te atacó a traición. La noticia fue un mazazo incomprensible e inesperado.

Me quedé frío; gélido entre entrañables recuerdos.

Pensé en lo que tu mente, durante el asedio de Pandemium, habría imaginado para liberarse de los diferentes estados de ánimo en que te hubieras tenido que ver sumido.

Y así nació este «Días de Pandemium» que, en parte, eres tú, apreciado e inolvidable amigo.

INTRODUCCIÓN

Este libro tiene algo de desbordamiento o locura, como corresponde a un cerebro tenso, angustiado y desorientado. Está escrito sin llevar un orden ni perseguir un fin, dejando transcurrir una aventura sin propósito.

Es un libro en el que la pluma ha volado sobre páginas y páginas en blanco y en el que los pensamientos surgen como un borbotón, a veces de contradicciones.

Es el libro de un sueño, en el que el cerebro se da cuenta de que no guía, ni pretende guiar, el orden de los pensamientos.

Swift, un simple vencejo, animal atractivo, hermoso y de curiosas costumbres y habilidades, aparece en un momento y acaba descubriéndose, sustituyendo y dando forma real a Gustantof, la Voz del Silencio; esa voz que retumba en tu interior y te acompaña.

Él me hizo ser consciente de mis, cada vez más escasos, pensamientos. Y fue mi compañía en medio de aquel tumulto.

«...Si no fuera una avecilla, que me cantaba al albor» dice aquel romance de quien se hallaba en prisión. Swift fue mi avecilla liberadora.

Este es un viaje mental realizado desde el estatismo más rotundo. Es un vuelo por la vida, precisamente cuando más se aprecia su valor.

El pasajero

EL BOFETÓN

En que se relata cómo lo incomprensible aparece de modo inesperado en la vida

La sociedad volaba despreocupada, desnortada y a toda prisa. La vida, poco a poco y desapercibidamente, se había ido convirtiendo en un huracán.

Todo era como correr pendiente abajo. Por una existencia desquiciante que más y más te empujaba a dejarte llevar por una borrachera de ocio y placer que ofrecía compensaciones infantiles, absurdas y sin sentido.

Sin embargo, el esfuerzo para la supervivencia cada vez era mayor y sus peldaños más altos y difíciles.

Para andar el camino por esa vida no bastaba con ser persona; exigía tener la mejor cualificación y energía, aunque eso tampoco era garantía de nada.

La sociedad había diseñado y construido la Meseta de la Seguridad, lo cual había sido un avance sustancial en la historia de la humanidad. Era una planicie amplia y prometedora, pero de difícil y largo ascenso, por una empinada pendiente.

Alcanzar esa posición para la mayoría significaba asentarse en la Tierra Prometida; un lugar de confort y placidez, garantía de estabilidad.

Superar aquella senda requería esfuerzo, pero acercarse a ella y comenzar la aventura era una posibilidad abierta a muchos.

La gran mayoría decidía ascender y procuraba instalar en su base modestas tiendas de campaña o incluso algunas sólidas y confortables cabañas.

No todos llegaban a la parte superior de la meseta y algunos debían conformarse con quedarse a vivir en asentamientos modestos sitios a lo largo del camino.

Era una sociedad entusiasmada con el acomodamiento.

Pero aquellos tiempos apacibles y tranquilos se fueron complicando.

La sociedad vivía en medio de una turbulencia que, aunque desaforada, se esforzaba por mantener una imagen de normalidad.

¿Alguien puede entender que la turbulencia sea el modo natural de vivir y que así sea aceptado por la mayoría?

La velocidad era una especie de borrachera; una borrachera obligatoria.

Durante mucho tiempo, la aspiración mayoritaria era alcanzar esa Meseta de la Seguridad. Una meseta, placentera y confortable, donde no faltaba ningún capricho ni confort.

Por fin, la humanidad había logrado una situación de bienestar desconocida hasta ese momento. Un nivel que, ni siquiera en sueños, se había podido imaginar.

La Meseta de la Seguridad era deseada y ansiada por todos y era una aspiración a la que se podía llegar, aunque no sin esfuerzo.

Pero la senda, antes visible y accesible para muchos, se había ido distanciando y envuelto en tortuosas nubes.

La erosión la había, por un lado, desdibujado, y por otro, había eliminado los puntos de acogida intermedios que garantizaban cierta seguridad en el trayecto.

De hecho, algunos, desde esos asentamientos, hacían incursiones hacia la cúspide logrando acomodarse en zonas de pastos más fértiles y sabrosos, o lanzaban escaramuzas hacia la ansiada Meseta de la Seguridad. Eran los aventureros.

Pero más y más personas fueron llegando. Nadie se ocupó de hacer crecer esa meseta, que fue recibiendo cada vez mayor número de visitantes que se disputaban un pequeño espacio en aquel lugar. Así surgieron los codazos y la competitividad.

Aquella Meseta de la Seguridad se hizo más incómoda; tiempo después, vivir allí agobiaba. Y la avalancha seguía. Comenzaron las peleas por conseguir una parcela.

Empezaron a cobrar peajes para acceder por aquella ruta que se hacía cada vez más fatigosa y arriesgada.

Lo que al principio fueron accidentes aislados luego se fueron generalizando y, por el apaltonamiento, cada vez un mayor número de los que intentaban ascender empezaron a despeñarse. Algunos lograban frenar su caída y convertirla en un tropezón más o menos serio, pero otros caían irremediabilmente.

El ansia llevó a permitir comportamientos marrulleros. Al principio se encontraban con el reproche mayoritario y el castigo de las normas, pero luego el margen de tolerancia fue creciendo hasta aceptarse como normales. Y así, quienes competían con nobleza se fueron convirtiendo en marginales.

El «¡todo vale!» comenzó a justificarse.

Comportamientos laxos y ventajistas se aceptaron como normales. Y cada vez más y más individuos se fueron plegando a esas actitudes. La conciencia interior se hizo acomodaticia ante la falta de principios orientadores.

En la senda hacia la Meseta de la Seguridad se produjeron movimientos sísmicos que fueron complicando el camino para los cada vez más numerosos competidores.

Muchos ni siquiera conseguían acceder al punto de salida, que, aunque se conocía como Senda, en realidad eran varias trochas, todas igualmente dificultosas.

De aquel alto porcentaje de la población que alcanzaba la ansiada y estable Meseta de la Seguridad se pasó a un tanto por ciento mucho más limitado capaz de asentarse. Y de unos pocos situados por los confines de la inseguridad, se pasó a una gran mayoría de asentamientos en los riscos de la inseguridad que cada vez resultaban más inestables.

Pero, además, aquella «carrera de multitudes» se había vuelto obligatoria. Y el agolpamiento era cada vez más imposible de evitar.

Ni siquiera los conformistas podían librarse de aquella locura imparable y sin sentido. La ansiedad formaba ya parte inevitable de la vida.

Igual que el ascenso resultaba más y más tortuoso, peligroso e inseguro, una fuerza cargaba los lomos de los viandantes con «mochilas de necesidades» de cada vez mayor peso y volumen.

No era racional, pero aquella «fuerza que tiraba hacia abajo» estaba asentada en lo más profundo de la sociedad y nadie podía liberarse del sistema. Estábamos metidos en una carrera salvaje por acumular.

Poseer, por inservible o superfluo que fuera, era como ese viento suave del desierto que modula la configuración de las dunas y es capaz de ponerlas en movimiento.

Cuando había algún momento de reflexión, todo aquel ajetreo de vida se hacía incomprensible y racionalmente se rechazaba, pero enseguida el ambiente desataba los impulsos y debilitaba la fuerza de voluntad para empujarla por la atractiva y deslizante pendiente del dejarse llevar y el capricho.

Pero la naturaleza quiso en un momento hacer su aparición e implantar su ley. La especie acostumbrada a dominar se vio sorprendida y sometida por una fuerza terrible, un enemigo invisible contra el cual no hacían efecto las armas convencionales.

Así fue como llegó aquel inesperado, insolente y trágico bofetón a los «amos de la prepotencia».

Y la vida cambió; las pendientes se hicieron más empinadas, y la propia Meseta de la Seguridad se agitó, haciendo tambalear hasta los asentamientos más sólidos.

Las caras se tornaron en expresiones de perplejidad y un aspecto bobalicón surgió en todas ellas, abatidas por el desconcierto ante lo ofensivo e incomprensible.

Los humanos nos topamos de bruces con nuestra fragilidad e insignificancia.

El bofetón estalló en los rostros de todos. Ni los mejor asentados en las cúspides de la seguridad consiguieron librarse del golpe. El pánico se apoderó de todos. La naturaleza no entendía de clases, ni de profesiones, ni respetaba prestigios, bondades o debilidades. Su avance era implacable.

Las lágrimas comenzaron a llenar un ambiente que hasta entonces, y pese a las dificultades, era festivo y de despreocupada algarabía.

Lo esencial, como necesidad básica, hizo su aparición, mientras que el sobrepeso de todo lo acumulado se agolpaba de forma casi

ofensiva en estantes, vitrinas, armarios y baúles.

Y así comenzó ese silencio que nos vino en forma de pandemia.





LA SOLEDAD

En que habla de la fuerza que convirtió a las personas en seres aislados

Había mucha soledad dentro de aquella sociedad de las prisas que engullía a las personas. Pero era una soledad disimulada, escondida entre los encuentros con «conocidos» dentro de la tumultuosa agitación superficial.

Existía otra soledad, de quienes hartos o agobiados buscaban un retiro purificador. Esa soledad buscada, aunque no fácil de conseguir, era un nutriente para el alma, una ayuda para sobrellevar esas relaciones superficiales que a veces se volvían pegajosas y agobiantes.

La primera era una soledad escondida y con contacto. La segunda una soledad interior y, en definitiva, elegida.

Pero, repentinamente y sin previsión alguna, una soledad desconfiada, obligada y reticente había desembarcado, forzosa, en las vidas.

Los hábitos se trastocaron radicalmente. Ya ni el contacto habitual con los tenderos del barrio era posible. La vida se llenó de temor; un miedo alimentado por las noticias de familiares y amigos a los que, con bastante desaprensión y de forma injusta, la pandemia golpeó cuando no había llegado su momento.

La muerte se presentó sinuosa y terrible.

Aquel era un silencio que se acentuaba al resultar incomprensible y dudosamente inesperado, en el que muchos se sentían, además, engañados. Y la soledad, cuando se envuelve de sentimientos de injusticia y enfurece a la persona, se hace aún más dolorosa y descontrolada.

Además de obligado, aquel silencio era desconocido en cuanto a extensión. Todo eran especulaciones, aunque el sentido común

popular y la prudencia ante lo desconocido hacían presumible su larga duración.

Y el desconocimiento, sazonado de ocultismo ante una realidad preocupante, aumentaba el desasosiego.

Los nómadas del desierto o los pastores de las montañas viven en soledad; pero no en una soledad artificial como esta, sino en una natural, integrada en sus vidas. No deja de resultar dura, pero es una soledad dentro de la libertad.

Pero aquí, en el mundo de los aventureros en busca de la Meseta de la Estabilidad, aquella soledad sobrevenida al mundo postmoderno era una soledad extraña y agresiva que no permitía tomar decisiones personales. Era una soledad imperativa, ácida y frontal. Como un rudo y recio golpe que primero aturde y luego noquea.

Era una soledad de confinamiento inmerecido que chocaba contra el principio de libertad y carcomía el interior, provocando una rebeldía contenida.

Al ser imprevisible como un sobresalto, no permitía la búsqueda del mejor acomodo, sino el sometimiento al de cada quien. Así se impuso una radical separación entre padres e hijos, abuelos, nietos, hermanos, amigos y seres queridos.

En la sociedad de la agitación, un asalto así creó aturdimiento y desesperanza.

Un parón artificial prolongado, donde la sociedad perdió toda su vitalidad, pasando de la actividad constante a una parálisis mayoritaria que confunde y desorienta.

El malestar se veía acentuado por el aislamiento de la vida en grandes bloques de viviendas, donde los vecinos que antes no se conocían ahora no solo no se veían sino que se mantenían distanciados y desconfiados.

Era una soledad agria, inconfortable hasta la angustia, más por la rebelión interior que por la prisión física.

Solo y aislado en tu recinto; cotidiano, pero solo. Y sin contacto directo alguno.

La magia de las comunicaciones suponía un alivio importante, pero estas eran distantes y solo proporcionaban una falsa sensación

de cercanía. En la sociedad postmoderna el contacto directo se había ido marginando y sustituyendo por las frías líneas de un wasap que te convierten en un eslabón más de una cadena.

Es algo así como: «ya que estás en mi lista te incorporo a la serie y, ¡despachado!». Ese «te recuerdo porque estás en la lista» era una subliminal vulgarización de las relaciones.

Y, en medio de todo, la prepotencia y el orgullo de los que nos creíamos unos seres «súperhumanos» maltrechos y temblorosos ante la realidad de un micro-virus capaz de poner en jaque incluso a las sociedades más avanzadas.

La vida continuaba su recorrido inexorablemente, pero cuando la actividad social y la economía se pararon, ¿qué nos quedó?

Nos quedó la esencia de la vida. Ese núcleo del que estábamos tan distantes.

¡Qué fuerte resultó para una civilización que se decía de la «libertad, el ocio y el confort» quedarse desnuda ante un espejo!

Y en medio de todo aquello estaba yo: un ser tan increíblemente desconcertado y angustiado como los demás.





EL ESPEJO

En que me encontré de bruces con mi niñez

Había pasado un día más encarando la rutina diaria. Era hora de recogerse. Llegaba la noche y esperaba un sosegado sueño.

La ciudad se adentraba en un estado de somnolencia.

La prolongada luminosidad en las ventanas de los edificios anunciaba que se trasnochaba más de lo habitual. Tampoco existía diferencia entre las jornadas laborables y los días festivos. Todo era uniformidad.

Ya muy avanzada la noche se habían apagado muchas viviendas, pero aún quedaba una salpicadura de luces adornando aquel paisaje de sombras, perfilando las siluetas de los edificios.

Mi situación, pese al encierro obligado, era privilegiada. Desde mi vivienda las vistas eran espléndidas y se dominaba buena parte de la ciudad. El hecho de que los edificios construidos delante fueran notablemente más bajos permitía expandir la vista sobre ese estructurado paisaje de tejados y terrazas.

La noche, ya intensa, rompió su negro azabache al iluminarse por una luna que en este instante aparecía reinando amplia y completa mostrando la vestimenta de plenilunio. Y el hecho de haberse abierto hueco entre dos nubes que parecían algodonosas daba unas tonalidades de grises, blancos y, hasta algo azulados, que adornaban un resplandor mágico.

Aquel cuadro nocturno que se mostraba ante mis ojos me impulsó a permanecer contemplando.

Lentamente, una luz de aquí y otra de allá iban desapareciendo, dejando las siluetas más esbozadas entre la iluminación pública de las calles y los tonos que proyectaba la luna.

Recordé la perspectiva que aquella misma ventana me ofrecía muchos años atrás cuando yo era niño. Entonces los campos ocupaban la mayor extensión de aquellos terrenos en los que poco a poco había visto crecer un salpicón de edificaciones distanciadas en el tiempo.

Aquel barrio, nuevo entonces, comenzaba a ampliarse acogiendo a familias jóvenes que poco a poco llenaron el ambiente de bullicio y juguetona chiquillería. Sí, los niños de mi edad crecimos entre aquellos campos de cereales en los que aún podían verse algunos grupos de ganado ovino.

Los recuerdos abrieron ante mí aquel camino que, atravesando el campo, era la senda más habitual que cotidianamente tomábamos para llegar al colegio.

Cuatro veces al día la recorriamos.

Por la amplia calle que antes habíamos de cruzar en aquellos tiempos circulaba ahora un vehículo, y pasados dos o tres minutos el siguiente.

Me pareció verme caminando junto a mis queridos hermanos y amigos cargados con las pesadas carteras de libros agarradas por sus asas.

Cuando la memoria te invade, la añoranza es capaz de transportar hasta hoy lo que aconteció muchos años atrás. Porque el recuerdo tiene un gran poder y guarda muchas enseñanzas.

Los cristales de mi ventana hacían un cierto efecto de espejo que me permitía vislumbrar mi rostro. Mi nariz se les aproximó y el vaho de mi aliento empañó la visión. Recordé que aquella era una de mis distracciones preferidas; cuando con mi diminuto dedo índice hacía infantiles trazos y figuras que enseguida se disipaban.

Mi mirada se turbó y se adentró en la profunda oscuridad. Un escalofrío, tan extraño como acogedor, me acogió con una especie de abrazo y mis brazos se entrecruzaron por delante. ¡Así hacíamos al ponernos de pie en el colegio o al situarnos en fila para entrar y salir juntos los compañeros de clase!

Me sorprendió una voz que me preguntaba:

—¿Cómo te sientes?